

Juana Manso de Noronha

Los Misterios del Plata

*Episodios históricos de la época de
Rosas, escritos en 1846*

*texto basado en la edición de
Ricardo Isidro Lopez Muñiz,
imprenta de Jesús Menéndez e hijo,
Buenos Aires, 1924*

INDICE

UNA PALABRA SOBRE ESTE LIBRO	VII
CAPÍTULO I	I
<i>La estancia</i>	
CAPÍTULO II	4
<i>El gaucho Miguel</i>	
CAPÍTULO III	6
<i>El Juez de Paz del Baradero</i>	
CAPÍTULO IV	9
<i>Los pasajeros de la Balandra "CONSTITUCIÓN"</i>	
CAPÍTULO V	12
<i>Explicaciones necesarias</i>	
CAPÍTULO VI	14
<i>El muelle de Lafón</i>	
CAPÍTULO VII	21
<i>Los leñadores del Paraná</i>	
CAPÍTULO VIII	25
<i>Sigue</i>	
CAPÍTULO IX	30
<i>Lágrimas</i>	
CAPÍTULO X	35
<i>Proceso de un unitario...</i>	
CAPÍTULO XI	40
<i>Simón y Miguel</i>	
CAPÍTULO XII	45
<i>Proyectos</i>	
CAPÍTULO XIII	48
<i>Tentativa</i>	
CAPÍTULO XIV	51
<i>Peligro</i>	

CAPÍTULO XV	54
<i>La casa de Rosas por fuera</i>	
CAPÍTULO XVI.....	57
<i>La casa de Rosas por dentro</i>	
CAPÍTULO XVII.....	61
<i>Dos naturalezas simpáticas</i>	
CAPÍTULO XVIII	64
<i>Corbalán</i>	
CAPÍTULO XIX.....	66
<i>Preparativos para una solemnidad</i>	
CAPÍTULO XX	68
<i>El ex–consejero de Rosas</i>	
CAPÍTULO XXI.....	72
<i>La mazhorca</i>	
CAPÍTULO XXII.....	76
<i>Nuevos conocimientos</i>	
CAPÍTULO XXIII	81
<i>El coronel Rojas</i>	
CAPÍTULO XXIV	86
<i>Los pasajeros de la Constitución</i>	
CAPÍTULO XXV	90
<i>Triunfo de la santa causa de la federación</i>	
CAPÍTULO XXVI	95
<i>La recoleta</i>	
CAPÍTULO XXVII	100
<i>Los Corta–Patillas</i>	
CAPÍTULO XXVIII	103
<i>El pontón</i>	
CAPÍTULO XXIX	110
<i>La fuga</i>	
CAPÍTULO XXX.....	117
<i>Conclusión</i>	

UNA PALABRA SOBRE ESTE LIBRO

Al poner a esta obra el título de “MISTERIOS DEL PLATA”; no es mi ánimo imitar los *Misterios de París* de Eugenio Sué¹; ni hacer otros Misterios de Londres².

Mi país, sus costumbres, sus acontecimientos políticos y todos los dramas espantosos de que sirve de teatro ha ya tantos años, son un misterio para el mundo civilizado.

Misterios negros como el abismo, casi increíbles en esta época y que es necesario que aparezcan a la luz de la verdad para que el crimen no pueda llevar por más tiempo la máscara de la virtud; para que los verdugos y las víctimas sean conocidos y el hombre tigre –conocido hoy con el nombre de Juan Manuel de Rosas– ocupe su verdadero puesto en la historia contemporánea; el de un tirano atroz y sanguinario tan hipócrita como infame.

Si la sangre de mis ciudadanos no gritara ¡venganza! de continuo me bastaba haber nacido sobre aquella desventurada tierra para no permitir que su verdugo y más cruel opresor sea considerado, un valiente y viejo paladín de la libertad. Es necesario que el mundo entero sepa lo que los Argentinos deben a ese Rosas, oprobio y vituperio de la humanidad entera.

“LOS MISTERIOS DEL PLATA”, van a ofrecer con los hechos históricos y leales un amplio conocimiento de esos países, desconocidos por unos y calumniados por otros. Llamamos la atención de los lectores sobre las notas de este libro.

LA AUTORA³.

- ¹ *Eugenio Sue* (1804-1857) escritor y folletinista francés de gran popularidad. En *Los Misterios de París* (1843) describe los bajos fondos de esa ciudad. Su obra más conocida es *El judío errante* (1844)
- ² *Los misterios de Londres*: folletín escrito por el folletinista francés Paul-Henri-Corentin Féval (1817-1887)
- ³ El lenguaje empleado en esta obra es casi semejante al que se usa en el país, y si alguna diferencia tiene es en ventaja; es decir, menos grotesco (La Autora)

CAPÍTULO I

LA ESTANCIA

Era una hermosa tarde de otoño de 1838. La vegetación empezaba a cubrirse de ese velo oscuro, de ese tinte fúnebre que anuncia la proximidad del invierno.

El sol terminaba su diurna carrera coronando el horizonte por nubes de zafir y de esmeraldas, el resto del cielo estaba puro y azul, azul del Plata tan aterciopelado y triste.

Una breve brisa doblaba apenas los tallos de las blancas y rojas margaritas que esmaltan los campos de Buenos Aires, besaba la frente de la pensativa violeta entre sus verdes hojas, mientras que el corpulento y triste ombú continuaba en su desdeñosa inmovilidad que sólo los silbidos del pampero⁴ podían turbar.

A lo lejos volaban espantados los repugnantes chimangos⁵, las blancas gaviotas iban graznando a esconderse entre los juncos de la laguna, entremezclándose a los gritos de estos pájaros el agudo y fatídico chillido del chajá⁶ que atravesaba allá a lo lejos el desierto.

Los relinchos de los potros, el bramar de los toros, los balidos tristes del cordero, el ladrar de los perros y el galope seguro de los caballos resonando por el campo, todo anunciaba en fin del día, la terminación de los afanes del campesino que después de una jornada de fatiga se recoge a sus ranchos para gozar algunas horas de reposo y solaz.

Aquel que no ha atravesado las verdes y desiertas llanuras de Buenos Aires, que no ha aspirado el agreste perfume de las flores que en el verano esmaltan sus campos, que no ha visto las secas y parduzcas ramas del cardo elevar sus vástagos espinosos en el invierno; ¡no puede comprender toda la poesía que encierran los cuadros de la vida del campo, en el Sur de América!

4 *Pampero*: viento del sector SO, fuerte, frío y seco, producto de frentes de aire frío que cruzan las llanuras pampeanas.

5 *Chimango*: ave de rapiña de 30 cm de largo. Muy abundante en la región del Río de la Plata. *Chimango Caracara Milvago chimango*.

6 *Chajá*: o yajá, ave zancuda del Río de la Plata. *Chauna torquata*

En medio de una verde y dilatada llanura se elevaba a algunas leguas del ancho Paraná, la estancia de uno de los sicarios del tirano argentino. Esta casa hecha de cal y ladrillos cuyas habitaciones eran cómodas y regularmente amuebladas, era lo que se llama en el lenguaje del campo, “una azotea”.

A su lado, bien que un poco apartado se elevaban los ranchos, como una tradición viviente del origen primitivo de la estancia. Toda estancia tiene sus ranchos que forman los dos departamentos esenciales de la casa. En primer lugar la cocina, que siempre es un rancho grande (el rancho, quiere decir una casa con las paredes hechas con algunos palos groseros cubiertos de barro y estiércol, y el techo de paja) en segundo lugar es el galpón.

La ramada es siempre cubierta pero no siempre tiene paredes. La ramada da cabida de día a algunos instrumentos de labranza; de noche es el dormitorio general de los peones, menos el capataz que generalmente tiene su cuarto.

La cocina es un cuarto sin adornos de especie alguna –tal vez una mesa donde amasan el pan casero que sirve para el gasto de la estancia–; en el medio del suelo de ésta es el lugar donde siempre arden trozos de leña habiendo alrededor algunas cabezas secas de animales, que sirven de asiento y en un rincón del cuarto están dos o tres ollas de hierro con altos pies y los indispensables asadores, especies de barras de hierro para ensartar la carne del asado.

En cuanto a la ramada, fuera de los instrumentos de labranza, nada más hay en ella. Tanto el gaucho como el peón, su cama consiste en su recado o apero, como ellos le llaman; duerme vestido, y su cuchillo, su lazo, las bolas y el tirador, todo queda con él día y noche y mientras vive, faltarles estos aderezos, es faltarle un miembro de su cuerpo, un brazo, una pierna.

La estancia de que hablamos era rica y bien acondicionada, pero como no haremos más que entreverla de lejos, sentada en su verde llanura, rodeada de su indispensable plantación de duraznos, con su tambo, su tranquera y su palenque al frente y costados, no nos detendremos a examinarla más.

La hora del descanso de las fatigas diurnas había pues llegado para el habitante del campo. Una vez en las casas queda sólo encerrar los ganados en sus respectivos corrales que son en número y dimensión adecuados a los trabajos y riquezas de la estancia, atar las vacas lecheras en el tambo, los caballos a sogas con su cena en el palenque y cerrar la tranquera.

Una vez hechas estas últimas operaciones, el mate circula alegremente y después de una hora de reposo cada uno come con buen apetito un pedazo de asado y bebe una taza de caldo.

La noche era una de esas noches sin luna de cielo transparente y estrellado llena de poesía y de misterio.

Los habitantes de la estancia, sentados en círculo uno a la par de otro escuchaban en silencio aquel de entre sus compañeros que al compás de una guitarra cantaba unas sentidas décimas de amor, verso sin pulimento, hijo del

corazón o del dolor que los dictó, música tan selvática y sentida como las palabras, tristes y monótonas como el desierto.

El cantor había dado al viento la última frase de su canto y la mano apoyada con negligencia sobre su guitarra, parecía bajo la impresión de la música que acababa de ejecutar, sus compañeros en silencio parecían escucharle todavía. De repente en medio del silencio resonó el eco fatídico del gallo.

¡Las nueve y media! —dijo una mujer de la rueda—. Al mismo tiempo resonó a los lejos el galope igual y mesurado de un caballo...

¿Oyes? —preguntó uno de los peones al otro que estaba a su lado.

Es un caballo solo, dijo tomando la palabra el más viejo del círculo.

Poco tardó el ladrido de los perros en anunciar que el pasajero que a aquella hora cruzaba por el campo se dirigía a la estancia misma; un relincho lejano, advirtió que su caballo reconocía el pago y los relinchos de los otros caballos le respondían dándole la bienvenida, los perros reconociendo sin duda un amigo cesaron de ladrar y, un instante después, un hombre a caballo franqueaba la tranquera.

Abrid; —gritó el desconocido— traigo órdenes apresuradas y un despacho para el señor Juez de Paz; me manda S. E. el Ilustre Restaurador.

A esta palabra mágica, la tranquera se abrió de par en par y dio paso al jinete.

El Juez de Paz, que era el dueño mismo de la estancia, salió en persona a recibirlo y haciéndolo entrar a la sala, cerró la puerta tras sí, quedando a solas con el enviado de su amo.

CAPÍTULO II

EL GAUCHO MIGUEL

A sí se llamaba el personaje que a hora tan inusitada llegaba a la estancia con un mensaje tan importante.

Miguel, era uno de esos seres infelices abandonados por una madre criminal en la puerta de un hospicio. La nodriza que le dieron era campesina, así él se crió en el campo y desde la edad de catorce años era gaucho.

Prefería la libertad del desierto a cuanto pudieron ofrecerle de bienes y comodidades; su caballo tordillo era todo su tesoro, era el único que tenía, su guardarropa lo llevaba consigo y, no obstante, Miguel siempre andaba aseado, porque él mismo tenía cuidado cada dos días de lavar su ropa en el arroyo que hallaba al paso.

Ninguno de los arreos indispensables a la persona y al caballo del gaucho le faltaban, y todos en el mejor estado posible.

Como era bien comportado todas las puertas le estaban abiertas; después de eso, Miguel era tan silencioso⁷, *tan comedido* que era generalmente querido por todos los estancieros.

Su estatura alta, su talle flexible y delicado y sus maneras suaves al paso que tenían la natural tinte selvática debido al medio, a su estado y educación.

Con todo, su aire era distinguido y su fisonomía triste al paso que regular, no carecía de un cierto tinte poético. Era demasiado blanco para un campesino; sus cabellos finos y rubios le caían sobre los hombros en rizados naturales; sus ojos grandes, azules, una extraña expresión de audacia y altivez; su nariz, pequeña y cerrada indicaba un carácter disimulado, su boca pequeña y punzó estaba guarnecida de unos dientes blancos y pequeñitos, era la boca de un niño; con todo, si abandonaba su natural seriedad, era sólo para mar-

⁷ La frase: “Miguel era tan silencioso, tan comedido”, encierra todo el secreto del cariño que este “espósito” supo despertar de sus superiores. Imítente los que lean estos “Misterios”, 7-X-18 (La Autora)

car en ambos lados del rostro dos imperceptibles líneas de un desdén sin límites. ¡Miguel, era uno de esos hombres que han nacido para ser un ángel o un demonio! Su voz era un poco velada pero profunda en sus modulaciones, su palabra corta y mordaz, su marcha, lenta y segura como de un hombre que no conoce el miedo.

Su inteligencia natural lo elevaba sobre todos sus compañeros y como payador era considerado el mejor de los dos lados de la Provincia, Sud y Norte.

Miguel, era el más afamado domador, y el vaqueano⁸ más seguro, porque desde Buenos Aires hasta el pie mismo de los Andes era fama que él conocía a ciegas, y los mismos *pampas* del desierto al verlo cruzar en su tordillo las calladas llanuras de la Pampa se contentaban con saludarlo amigablemente desde sus toldos y ofrecerle un pedazo de yegua asada y a veces alguna linda jerga⁹ como presente de amistad; después de eso Miguel podía conversar con ellos porque sabía su lenguaje.

Entre los diferentes trabajos que tomaba o ejercía, contaba también el de chasque¹⁰; era reconocido por su discreción, prontitud y diligencia en desempeñar cualesquier misión, y por eso el ojo perspicaz del tirano había sabido escogerlo entre tantos otros gauchos que llevaban aquella vida errante o incierta.

Miguel había rehusado todo empleo o distinción, pero Rosas tan montañés como él, conocía las guaridas del gaucho y lo mandaba llamar siempre que una comisión delicada se ofrecía, en que temiese escribir, porque entonces la palabra servía a sus fines, porque la palabra proferida, sólo deja tras sí el recuerdo de lo que fue, mientras el papel es un documento peligroso que mañana puede aparecer como un testimonio importuno: y el astuto déspota bien conocía sus intereses en esta ocasión, para no fiar a la pluma sus órdenes que después de ejecutadas debían tomar el carácter en su resultado de un exceso de adhesión por parte de sus partidarios.

Miguel era pues el mensajero más seguro y discreto que se podía encontrar. A pesar de su natural inteligencia y buenas cualidades, no podía juzgar hasta qué punto se envileció sirviendo los odiosos y sanguinarios fines del tirano, que él consideraba bueno y justo porque tenía sus maneras y su lenguaje, porque era el gobernador de la Provincia que Miguel creía legítimamente electo, y después de eso sin noción de ningún género, sobre el derecho de cada hombre, y sobre el verdadero sentido de la palabra “Libertad”; no creía obrar sino muy bien sirviendo al Dictador, a quien por otra parte estimaba personalmente, porque aunque rico y presidente, le daba la mano, lo hacía sentar en su presencia, tomaban mate juntos y conversaban largamente de caballos, de yeguas, de trillas, de aperos, de potros y de todo aquello que pueda interesar la atención del gaucho y luego el gobernador siempre terminaba diciendo:

—Amigo Miguel no deje de venir de vez en cuando a tomar un cimarrón¹¹.

8 *Vaqueano*: o baqueano, quien es conocedor de la zona y se maneja con baquía, con habilidad.

9 *Jerga*: trozo de paño grosero

10 *Chasque*: del quechua *Chaski*, mensajero

11 *Cimarrón*: mate amargo (sin azúcar)